

GARCILASO Y LA INVENCION DE UNA ESCRITURA LITERARIA

I

Tomemos como punto de partida un texto del gran romanista alemán Erich Auerbach: el impresionante párrafo final de su libro póstumo *Literatursprache und Publikum in der lateinische Spätantike und im Mittelalter* (Berna, 1958)¹:

El desmoronamiento del Imperio Romano de Occidente y el largo período de maduración de los diversos países bajo condiciones y destinos diversos ha acarreado la multiplicidad de las culturas europeas; cuando volvió a formarse una sociedad que poseía conciencia espiritual de sí misma y deseo de cultivarse en el plano humano, ésta no era ya una, sino muchas, cada una de las cuales poseía sus formas y su lenguaje. Sin embargo, cabe aventurarse a hablar de una sociedad europea e incluso de una lengua literaria europea. Lo grecolatino-cristiano de su origen es lo que las une; y también la acción en común. En esta mezcla, pues, está contenida la fuerza dialécticamente activa que —incluso si Europa, como un día Roma, pierde su poder, incluso si se deshace su existencia— habrá preformado la vida en común de los hombres sobre el planeta.

La larga y lenta decadencia y caída del Imperio Romano casi extinguió la cultura literaria del Occidente; pero la paradójica consecuencia histórica de esta "felix culpa", o afortunada caída, fue la eventual resurrección moderna de la cultura greco-romana en su forma moderna: primero cristiana y europea; luego, por fin, mundial. Auerbach, en su anterior libro más conocido, *Mimesis*, ya había demostrado la creatividad literaria de cierta fuerza dialéctica implícita en esta tradición, fuerza derivada del contraste entre el racionalismo pagano y aristocrático, de una parte, y, de la otra, la religiosidad teocrática y vulgar, realista, de la Biblia. Según él, esta tradición mimética había llegado a su cumbre con la novela del siglo xix, y empezaba a decaer en la escritura reflexiva de ciertos autores del siglo xx,

¹ Cito la versión española, *Lenguaje literario y público en la baja latinidad y en la edad media*, Barcelona, Seix Barral, 1969, p. 336.

de James Joyce, por ejemplo (y, sin duda, de Jorge Luis Borges, o de Guillermo Cabrera Infante).

Sin la muerte del latín hablado como lengua materna, no hubieran nacido las lenguas vernáculas románicas; pero sin el renacimiento y la presencia continua del latín literario, los idiomas modernos de Europa, tanto los germánicos como los latinos, no hubieran llegado independientemente a constituir una sola comunidad literaria, nueva, internacional y multilingüe, como ya lo hacían al final del siglo xvi. La existencia histórica de esta comunidad cultural hace posible las complejas relaciones literarias que se desarrollan actualmente entre las docenas de naciones donde se hablan ahora lenguas latinas, en América y África, además de Europa.

Para comprender los complejos fenómenos de la cultura ya mundial de Europa, tenemos que entender sus raíces lingüísticas, analizándolas desde varios puntos de vista: el diacrónico y el sincrónico, el sociolingüístico y el psicolingüístico. Para esto no nos importa particularmente la prehistórica unidad oral de las lenguas indoeuropeas: el significado histórico de nuestro sistema cultural empezó de verdad con la invención de la escritura alfabética griega.

Es fundamentalmente prehistórica la cultura que depende sólo de sus tradiciones orales: no pudiendo reinscribir críticamente sus crónicas, la cultura analfabeta depende de la repetición conservadora, esencialmente estática. La invención de la escritura hace posible la historia en ambos sentidos de la palabra: tanto la historiografía, como el desarrollo histórico, que depende de una conciencia histórica, es decir, de una conciencia de diferencias entre la actualidad, las distintas épocas pasadas, y el futuro. Cualquier sistema de escritura hace posible esta diferenciación histórica; pero la invención del alfabeto en Grecia, que por primera vez distinguía claramente entre vocales y consonantes, significaba en efecto el descubrimiento del fonema, el principio de la lingüística. Esta nueva conciencia analítica del lenguaje, y de la historia, después de unos tres o cuatro siglos de desarrollo rapidísimo, hizo posible el nuevo pensamiento, basado en la escritura, de Platón y Aristóteles, de Heródoto y Tucídides.

La cultura alfabética latina, por su parte, empezó asimilando primero estos logros ya históricos de Atenas; a base de unos dialectos orales romanos, Virgilio, Horacio y Cicerón inventa-

ron una poesía y una prosa escritas según los modelos dactílicos y retóricos de Grecia. Mientras la literatura clásica griega era esencialmente monoglósica, la latina empezó siendo fundamentalmente bilingüe: los autores romanos sentían siempre la presencia de la escritura griega. Pero, con la caída del Imperio, fue decayendo la influencia directa del griego literario. El latín vulgar de la Iglesia sufrió más bien el influjo del lenguaje analfabeto de la plebe helénica cristianizada, los esclavos y otros inmigrantes orientales. Con la reforma carolingia, frustrado intento de restaurar la escritura latina clásica, empezó la fragmentación de los dialectos orales latinos.

II

En los últimos años, la sociolingüística nos ha hecho ver claramente que el modelo teórico de Saussure fue una hipótesis científica, una abstracción ficticia. Ninguna lengua ha sido nunca un simple sistema totalmente unificado. Entre la unidad teórica de la lengua y la variedad infinita de las hablas momentáneas de cada persona, han existido siempre varios subsistemas diferenciados, incluso dentro de un solo idioma puramente oral. En la comunidad oral, el curandero y el campesino, por ejemplo, el cantador y el soldado, usan, cada uno, su lenguaje diferenciado. La introducción de la escritura, como hemos visto, hace desarrollarse todavía más esas diferenciaciones culturales y sociales. Y al ir pasando el tiempo y circulando los manuscritos, se van acumulando más diferencias históricas y regionales en la misma escritura. Dentro de las culturas literarias se establecen relaciones "poláricas" y complementarias entre un estilo vernáculo, por ejemplo, y un estilo clásico; a este tipo de relación ha dado Charles Ferguson el nombre de "diglosia"². Uno de los ejemplos que da Ferguson es el caso de la Suiza alemana, donde existen simultáneamente un *Schweizerdeutsch* y un *Schriftdeutsch* claramente distinguidos, con sus funciones sociales bien diferenciadas. El proceso individual del aprendizaje diglósico empieza siempre con el niño que aprende en casa el lenguaje materno (*Urerlebnis*); luego va a la escuela, y aprende el lenguaje clásico (*Bildungserlebnis*). Este lenguaje escrito tie-

² Véase el artículo ya clásico de CHARLES FERGUSON, "Diglossia", *Word*, 15 (1959), pp. 325-340.

ne todo el prestigio cultural y se considera como la lengua "verdadera"; el otro, la lengua materna y vernácula de todo el mundo, se considera como corrupción utilizable informalmente para con niños y adultos analfabetos. Otro lingüista moderno³ ha sugerido que tal es el caso, no sólo en las culturas llamadas diglósicas por Ferguson, sino en cualquier cultura alfabetizada. La escritura tiende a imponer su propia prioridad; y éste es un fenómeno universal por razones puramente formales. Con la escritura, cada signo lingüístico tiene dos significantes diferentes: uno es el fonémico o morfofonémico de la lengua hablada, y el otro es el ortográfico o morfografémico de la lengua escrita. Pero las reglas de transformación de un significante en otro no son homogéneas: son mucho más sencillas las reglas para ir de lo escrito a lo oral, que las que siguen el sentido contrario. Por esto, entre otros motivos, el prestigio de la escritura tiende a eliminar las variedades vernáculas en cualquier cultura literaria estable. Pero al mismo tiempo, por supuesto, los "novelistas" hacen constantemente injertos coloquiales en la base escrita.

Durante unos veinte siglos, la escritura latina era la base de una diglosia fundamental para toda la cultura europea, cuando el latín era la única lengua escrita y enseñada en las escuelas y universidades. Este sistema sólo empezó a cambiar radicalmente cuando, a base de los idiomas vernáculos, comenzó a establecerse para el uso escolar una escritura clásica propia. Por esto es por lo que nos llaman la atención particularmente la poesía provenzal y las artes del *gay saber*, la poesía de Dante y su *De vulgari eloquentia*, Juan de Mena y la gramática española de Nebrija. Con el Renacimiento, al mismo tiempo que los humanistas renovaban el latín clásico, sustituyendo con él al latín escolástico de las universidades, se inventaban nuevas escrituras literarias vernáculas, que poco a poco sustituían al latín para el nuevo público lector europeo. La cultura literaria de la Europa moderna no sólo es diglósica, sino también multilingüe. Ningún dialecto puramente oral ha podido seguir existiendo aisladamente dentro de la compleja jararquía de escrituras nacionales normalizadas.

³ Véase FRED W. HOUSEHOLDER, "The primacy of writing", en su colección de artículos titulada *Linguistic Speculations*, Cambridge, 1971, pp. 244-264.

III

Dentro de este contexto cultural europeo, ¿cuál era la situación de la Península Ibérica? La invasión del Islam la dejó parcialmente marginada durante gran parte de la Edad Media: la reforma carolingia del latín, por ejemplo, tardó muchos años en llegar al sur de España, donde los primeros fragmentos de poesía románica fueron transcritos, no en letras latinas, sino en consonantes árabes y hebreas (las *jarchas*). En el siglo XII, por fin, se inventa una escritura española en letra latina: la cuaderna vía de Berceo, y luego la prosa de Alfonso el Sabio marcan el origen de una diglosia castellana, una tensión entre las hablas maternas y una escritura clerical y cortesana. Sólo en el siglo XV llegan al castellano la escritura trovadoresca y después la reforma latina de los humanistas, con los cinco libros *De institutione grammaticae* de Nebrija. Éste era el mundo de letras al que nació Garcilaso de la Vega, a principios del siglo XVI, miembro de la primera generación española criada dentro del humanismo renacentista. Su letra ya no es el gótico garabato medieval, sino la hermosa cancillaresca italiana. Aprendió el latín según las reglas de Nebrija y compuso odas latinas clásicas, imitando modelos anacreónticos, horacianos y virgilianos. Garcilaso pasó así por lo que se ha llamado el rito renacentista de la pubertad varonil⁴. Sin duda mantuvo su lengua materna: en su testamento autógrafo, escribe “mártil” en vez de “mártir”, por ejemplo, y “perrocha” en vez de “parroquia”. Pero más tarde, al encontrarse desterrado en la ciudad de Nápoles, impuso a su castellano toledano, como filtros, los modelos italianos de Sannazaro y Bernardo Tasso, además de los latinos clásicos. Los resultados lingüísticos han sido muy agudamente observados por don Rafael Lapesa⁵. Vamos a considerar algunos ejemplos aportados por él.

El verbo castellano “despreciar” significa normalmente “menospreciar”. Pero en la Égloga II (vv. 886-888) encontramos este terceto:

Descargado me siento d'un gran peso;

⁴ Véase W. J. ONG, “Latin language study as a Renaissance puberty rite”, *Studies in Philology*, 56 (1959), pp. 103-124.

⁵ “El cultismo semántico en la poesía de Garcilaso”, recogido por RAFAEL LAPESA en su libro *Poetas y prosistas de ayer y de hoy*, Madrid, Gredos, 1977, pp. 92-109.

paréceme que vuelo, *despreciando*
 monte, choza, ganado, leche y queso.

Sólo entendemos el verbo aquí si le aplicamos el modelo semántico del *despicere* latino, que combina el sentido de 'menospreciar' con el de 'mirar desde lo alto'. No tenemos aquí una figura etimológica, pues *despreciar* no se deriva históricamente de *despicere*: es un caso de contagio semántico dentro de un sistema diglósico, en el cual la palabra vernácula adquiere los sentidos paralelos de otra palabra que pertenece exclusivamente a la escritura. De modo parecido, escribe Garcilaso en castellano "el animoso viento" o "el dudoso llano". Éstos no nos parecen ser ahora cultismos chocantes, y sin embargo tales combinaciones de sustantivo y epíteto eran originalísimas en español, y sólo se pueden explicar si tenemos presente, además del sentido corriente de las palabras castellanas, también la combinación consagrada ya en la poesía latina: "animoso vento" en Ovidio, por ejemplo, con el sentido de 'viento soplador'.

Garcilaso hacía conscientemente en castellano lo que ya habían hecho los escritores renacentistas de Italia: combinaba en su nueva escritura un dialecto hablado, el de la corte toledana, con frases hechas de la poesía latina. Su criterio era el de Castiglione, en cuyo *Cortésano* tenemos todo un tratado sobre el estilo vernáculo. (Garcilaso había pedido a su amigo Boscán que tradujera al castellano precisamente esta obra, como modelo de prosa y pensamiento modernos.) Castiglione criticaba las pedanterías de Bembo, quien en sus *Prose della volgar lingua* mantenía un purismo basado en los escritos de Dante, Petrarca y Boccaccio. Esta polémica es igual a la que trasluce en el *Diálogo de la lengua*, de Juan de Valdés, quien critica las pedanterías de la *Gramática de la lengua castellana* de Nebrija, y alaba el buen gusto de Garcilaso. Tanto Valdés y Castiglione, como Garcilaso, dan un papel primordial al lenguaje hablado, al uso; pero los tres también quieren, "sin afectación", dignificar su escritura con una voluntad de estilo que refleja a menudo sutiles calcos del latín. El ideal era acercar lo más posible lo hablado y lo escrito: reducir al mínimo la escisión diglósica tradicional. Podemos decir que Garcilaso, en su poesía, inventó una nueva "escritura hablada" que evitaba precisamente la violenta mezcla de Mena criticada por Valdés: "quiriendo mostrarse doto, escribió tan oscuro, que no es entendido, y puso ciertos vocablos, unos que por grosseros se devrían desechar y

otros que por muy latinos no se dexan entender de todos..."⁶. En la poesía de Garcilaso son tan sutiles los latinismos semánticos, que muchos han pasado inadvertidos, antes del estudio de Lapesa. Según los propios criterios de Castiglione, Garcilaso y Valdés, podemos declarar que esta sutileza es la base del éxito de la nueva poesía clásica española.

Con Góngora se creó una nueva apertura, una nueva diglosia en lengua castellana, que rompió con la difícil unidad del estilo garcilasiano, el cual refleja al mismo tiempo el "habla" española y la "escritura" latina. En la poesía de Góngora vemos, de una parte, un oralismo nuevo, como por ejemplo en el romancillo "Hermana Marica"⁷, en el cual se entreoye la simple voz de un colegial que espera con su hermanita las fiestas del día siguiente; y, de otra parte, se tiene que descifrar con gran dificultad un texto tan duramente escrito, grabado en piedra, como el epitafio de El Greco. Góngora restableció una distinción radical entre el habla popular y la escritura sabia, deshaciendo en cierto sentido la labor garcilasiana. Pero sin esta labor, esta "taracea finísima", no habría entrado en España la nueva escritura poética renacentista.

ELIAS L. RIVERS

State University of New York,
Stony Brook.

⁶ *Diálogo de la lengua*, ed. J. M. Lope Blanch, Madrid, Castalia, 1969, p. 161.

⁷ Véase E. L. RIVERS, "Texto oral y texto escrito en Góngora", *Estudios filológicos y lingüísticos: Homenaje a Angel Rosenblat en sus 70 años*, Caracas, Instituto Pedagógico, 1974, pp. 459-467.

